LA NOVELA CORTA

LA GAVIOTA

por

Fernán Caballero

Año III. - Núm. 110
Madrid 9 Feb. 1918

NUMERO HOMENAJE

10 cts

FRINÉ

REVISTA FEMENINA POPULAR

INTERESA EXCEPCIONALMENTE

a La Mujer Elegante

LA TOILETTE

El peinado.—Los sombreros.—Las joyas.—Los perfumes.—El pañuelo.—La sombrilla.—El calzado.—El corsé.—Los vestidos.—Los bolsillos.—Los velitos.—Ropa interior.—Cintas y lazos.—El lujo.—Los colores.—El traje único.—Trajes de casa.—Trajes de Sport, de Teatro, de Fantasía.—Las creadoras de la moda, etc.

LA ELEGANCIA EN EL TRATO SOCIAL

Las cartas.—Las tarjetas.—Las visitas.—Las bodas.—Los bautismos.—Bailes.—Tés.—Pésames.—La conversación.—El salón.—Recibos en casa.—Los huéspedes.—Relaciones sociales.—Los paseos.—El Teatro.—Regalos.—Las corridas.—Presentaciones.—Relaciones familiares.—Juegos, Sports.—Estudios y lecturas, etc.

a La Mujer Bonita

BELLEZA FÍSICA

Preceptos higiénicos del tocador para la conservación de los cabellos.—Los ojos.—La nariz.—La boca.—El cutis.—Masage.—Gimnasia.—Electricidad.—Régimen alimenticio.—El crecimiento.—La delgadez.—La obesidad.—Los baños.—Las manos.—El busto.—Las formas.—El pie.—Secretos para no envejecer.—Las arrugas.—Disimulo de los defectos.—Los lunares, etc.

a La Mujer de su Casa

EL HOGAR

El arte de amueblar.—Organización de la casa.—El salón.—El tocador.—El comedor.-La alcoba.-La despensa.-La cocina.-El despacho.-Flores.-Bordados.-Encajes.-Ropa blanca.-Costura y planchado, etc.

a La Mujer en general

LA MUJER CONTEMPORÁNEA

Sus derechos.—Las conquistas del sufragismo.—Lo que debe saber... La joven.—La esposa.—La madre.—La abuela.—La viuda.—La soltera.—La gran dama.—La señorita.—La funcionaria.—La artesana.—La aldeana.—La religiosa.—La sirviente, etc.

LA GAVIOTA

POR

FERNÁN CABALLERO

SEGUNDO TOMO

CAPITULO I

El mes de julio había sido sumamente caluroso en Sevilla. Las tertulias se reunían en aquellos sitios deliciosos en que las hermosas fuentes de marmol con sus juguetones saltaderos, desaparecían detrás de una gran masa de flores.

En una noche hacia fines del mes, había gran concurrencia en casa de la joven, linda y elegante condesa de Algar. Teníase a gran dicha ser introducido en aquella casa; y por cierto, no había cosa más fácil; porque la dueña era tan amable y tan accesible, que recibía a todo el mundo con la misma sonrisa y la misma cordialidad. La facilidad con que admitía a todos los presentados, no era muy del gusto de su tío el general Santa María, militar de la época de Napoleón, belicoso por excelencia, y (como no solían ser los militares de aquellos tiempos) algo brusco, un poco exclusivo, un tanto cuanto absoluto y desdeñoso, en fin, un hijo clásico de Marte, plenamente convencido de que todas las relaciones entre los hombres consisten en mandar y obedecer.

El general, su hermana la marquesa de Guadalcanal, madre de la condesa, y otras personas estaban jugando al tresillo. Algunos hablaban de política, paseándose por los corredores; la juventud de ambos sexos, sentada junto a las flores, charlaba y reía, como si la tierra solo produjese flores, y el aire solo resonase sus alegres risas.

La condesa, medio recostada en un sofá, se quejaba de una fuerte jaqueca, que sin embargo, no le impedia estar alegre y risueña. Querida en extremo por su madre, adorada por su marido, que no gustando de la sociedad, le daba, sin embargo una libertad sin límites, porque ella era virtuosa y él confiado, era la condesa en realidad una niña mimada. Cerca de ella estaba sentado un coronel joven, recién venido de Madrid, después de haberse distinguido en la guerra de Navarra. La condesa tenía fijada en él toda su atención.

El general Santa María los miraba de cuando en cuando, mordiéndose los labios de impaciencia.

—¡Fruta nueva!—decía,—Dejaría ella de ser hija de Eva, sino le petase la novedad. ¡Un mequetrefe! ¡Venticuatro años y ya con tres galones! ¿Cuando se há visto tal prodigalidad de grados? ¡Hace cinco o seis años que iba a la escuela, y ya manda un regimiento! Sin duda vendrán a decirnos que ganó sus grados en acciones brillantes.

En este momento se oyeren algunas exclamaciones ruidosas. La condesa misma salió de su languidez y se levantó de un salto.

—Por fin, ¡ya pareció el perdido!—exclamó—. Mil veces bien venido, desventurado cazador, y mal parado jinete. ¡Buen susto nos hemos llevado! Contadnos, duque, todas esas cosas extraordinarias.

El duque, después de haber recibido las enhorabuenas de todos los concurrentes, por su regreso y curación, tomó asiento en frente de la condesa, y entró en la narración de todo lo que el lector sabe. En fin, después de hablar mucho de Stein y de María, concluyó diciendo que había conseguido de él que viniese con su mujer a establecerse en Sevilla, para utilizar y dar a conocer, él su ciencia y ella las dotes extraordinarias con que la naturaleza la había favorecido.

—Mal hecho—falló en tono resuelto el general.

La condesa se volvió hacia su tío con prontitud.

—¿Y por qué mal hecho, señor?—preguntó.

—Porque esas gentes—respondió el general—. viven contentos y sin ambición, y desde ahora en adelante, no podrán decir otro tanto.

—¿Creéis, tío—repuso la condesa—que esa mujer, con una voz privilegiada, echará de menos la roca a que estaba pegada como una ostra, sin ventajas y sin gloria para ella, para la sociedad, ni para las artes?

—Vamos, sobrina, ¿querrás hacernos creer con toda formalidad que la sociedad humana adelantará mucho, con que una mujer suba a las tablas, y se ponga a cantar *di tanti palpiti?*

—Mi tío—dijo la condesa—, es la mismísima personificación del *statuo quo*. Todo lo nuevo le disgusta. Voy a envejecer lo más pronto posible para agradarle.

—No harás tal, sobrina—repuso el general—; y así no exijas tampoco que yo me rejuvenezca para adular a la generación presente.

—¿Sobre qué está disputando mi hermano?—preguntó la marquesa, que distraída hasta entonces por el juego, no había tomado parte en la conversación.

—Mi tío—dijo un oficial joven que había entrado callandito, y sentándose cerca del duque—mi tio está predicando una cruzada contra la música. Ha declarado la guerra a los *andantes*, proscribe los *moderatos*, y no da cuartel ni a los *allegros*.

—¡Querido Rafael!—exclamó el duque abrazando al oficial que era pariente suyo, y a quien tenía mucho afecto. Era este pequeño, pero de persona fina, bien formada y airosa; su cara era de las que se dice que son demasiado bonitas para hombres.

—¡Y yo!—respondió el oficial apretando en sus manos las del duque—¡yo que me habría cortado las dos piernas para evitaros los malos ratos que habéis pasado! Pero estamos hablando de la ópera y no quiero cantar en tono de melodrama.

—Bien pensado—dijo el duque—; y más valdrá que me cuentes lo que ha pasado aquí durante mi ausencia. ¿Qué se dice?

—Que mi prima la condesa de Algar—dijo Rafael—es la perla de las sevillanas.

—Pregunto lo que hay de nuevo—repuso el duque—, y no lo sabido.

Entretanto la condesa preguntaba al duque si era bonita la Filomela de Villamar.

—No es ni bonita, ni fea—respondió—. Es morena y sus facciones no pasan de correctas. Tiene buenos ojos; en fin; uno de esos conjuntos, que se ven por donde quiera en nuestro país.

—Una vez que su voz es tan extraordinaria—dijo la condesa—, por honor de Sevilla, es preciso que hagamos de ella una eminente *prima donna*. ¿No podremos oírla?

—Cuando queráis,—respondió el duque—. La traeré aquí una noche de estas con su marido, que es un excelente músico y ha sido su maestro.

En esto llegó lo hora de retirarse.

Cuando el duque se acercó a la condesa para despedirse, esta levantó el dedo con aire de amenaza.

—¿Qué significa eso?—preguntó el duque

—Nada, nada—contestó ella—: esto significa ¡cuidado!
—¡Cuidado! ¿De qué?
—¿Fingís que no me estendéis? No hay peor sordo que el que no quiere oir.
—Me ponéis en ascuas, condesa.
—Tanto mejor.
—¿Queréis, por Dios, explicaros?
—Lo haré, ya que me obligáis. Cuando he dicho *cuidado* he querido decir ¡cuidado con echarse una cadena encima!
—Callad por Dios, condesa—exclamó el duque—; lo que en vuestra bella boca es una chanza ligera, en las bocas de víboras que pululan en la sociedad sería una mortal ponzoña.
—No tengáis cuidado; no seré yo quien tire la primera piedra. Soy indulgente como una santa, o como una gran pecadora; sin ser ni lo uno ni lo otro.
Nada satisfecho salía el duque de esta conversaciòn, cuando a la puerta le detuvo el general Santa María.
—Duque—le dijo—¿Habéis visto cosa semejante?
—¿Qué cosa?—preguntó escamado el duque.
—¡¡¡Qué cosa, preguntáis!!
—Sí, lo pregunto y deseo respuesta.
—¡Un coronel de veinticuatro años.
—En efecto, es algo prematuro—contestó el duque sonriéndose.
—Es un bofetón al ejercito.
—No hay duda.
—Es dar un solemne mentís al sentido común.
—¡Por supuesto!
—¡Pobre España!—exclamó el general dando la mano al duque, y levantando os ojos al cielo.

CAPITULO II

El duque había proporcionado a Stein y a su mujer una casa de pupilos, a cargo de una familia pobre, pero honrada y decente. Stein había encontrado en una cómoda, cuya llave le entregaron al tomar posesión de su aposento, una suma de dinero, bastante a sobrepujar las más exageradas pretensiones. Adjunto se hallaba un billete, que contenía las siguientes líneas: «*Justo tributo a la ciencia del cirujano.—Los esmeros y las vigilias del amigo, no pueden ser recompensados sino con una gratitud y una amistad sincera.*»
Stein quedó confundido.
—¡Ah, María!—exclamó, enseñando el papel a su mujer—. Este hombre es grande en todo.
—¿Y qué es para él todo ese oro?—respondió María—; ¡un hombre que tiene cinco millones, según me ha dicho la patrona, y cuyas haciendas son tamañas como provincias!
En este momento entró el duque, y cortando el hilo a las expresiones de agradecimiento de Stein le dijo a su mujer:
—Vengo a pediros un favor: ¿me lo negaréis, María?
—¿Qué es lo que podremos negaros?—se apresuró a contestar Stein.
—Pues bien, María—continuó el duque—, he prometido a una íntima amiga mia que irías a cantar a su casa.
María no respondió.
—Sin duda que irá—dijo Stein—. María no ha recibido del cielo un don tan precioso como su voz, sin contraer la obligación de hacer participar a otros de esta gracia.
—Estamos, pues, convenidos—prosiguió el duque—. Y ya que Stein es tan diestro en el piano como en la flauta, tendréis uno a vuestra disposición esta tarde, así como una colección de las mejores piezas de las óperas modernas. Así podréis escoger las que más os agraden, y repasarlas, porque es preciso que María se luzca y se cubra de gloria. De eso depende su fama de cantatriz.
Al oir estas últimas palabras, los ojos de María se animaron.
—¿Cantaréis, María?—le preguntó el duque.

—¿Y por qué no?—respondió ésta con frialdad.

—Ya sé—dijo el duque—que habéis visto muchas de las buenas cosas que encierra Sevilla. Stein vive de entusiasmo, y ya sabe de memoria a Cean, Ponz y Zúñiga. Pero lo que no habéis visto es una corrida de toros. Aquí quedan billetes para la de esta tarde. Estaréis cerca de mí, porque quiero ver la impresión que os causa este espectáculo.

Poco después el duque se retiró.

Cuando por la tarde Stein y María llegaron a la plaza ya estaba llena de gente. Un ruido sostenido y animado, servía de preludio a una función, como las olas del mar se agitan y mugen antes de la tempestad.

La plaza estaba llena; doce mil personas formaban varios círculos concéntricos en su circuito. Los espectadores ricos estaban á la sombra; el pueblo lucía a los rayos del sol el variado colorido del traje andaluz.

Salió el despejo, y la plaza quedó limpia. Entonces se presentaron los picadores montados en sus infelices caballos, que con sus cabezas bajas y sus ojos tristes parecían—y eran en realidad—víctimas que se encaminaban al sacrificio.

Sólo con ver a estos pobres animales, cuya suerte preveía, la especie de desazón que ya sentía Stein se convirtió en compasión dolorosa.

Los tres picadores saludaron al presidente de la plaza, precedidos de los banderilleros y chulos espléndidamente vestidos, y con capas de vivos y brillantes colores. Capitaneaban a todos los primeros espadas y sus sobresalientes, cuyos trajes eran todavía más lujosos que los de aquéllos.

¡Pepe Vera! ¡Ahí está Pepe Vera!, gritó el concurso. ¡El discípulo de Montes! ¡Qué buen mozo! ¡Qué gallardo! ¡Qué bien plantado! ¡Qué garbo en toda su persona! ¡Qué mirada tan firme y tan serena!

Pepe Vera se acercó a la valla. Su vestido era de raso color de cereza, con hombreras y profusas guarniciones de plata. De las pequeñas faltriqueras de la chupa salían las puntas de dos pañuelos de olan. El chaleco de rico tisú de plata, y la graciosa y breve montera de terciopelo y alamares completaban su elegante, rico y airoso vestido de majo torero.

Después de haber saludado con mucha soltura y gracia a las autoridades, fué a colocarse, como los demás lidiadores, en el sitio que le correspondía.

Los tres picadores ocuparon los suyos, a igual distancia unos de otros, cerca de la barrera. Los matadores y chulos estaban esparcidos por el redondel. Entonces todo quedó en silencio profundo, como si aquella masa de gente, tan ruidosa poco antes, hubiese perdido de pronto la facultad de respirar.

El trance iba siendo horrible, porque se prolongaba. El toro se cebaba en el caballo; el caballo abrumaba con su peso y sus movimientos convulsivos al picador, aprensado bajo aquellas dos masas enormes.

Stein estaba pálido y conmovido.

—Señor duque—le dijo con aire de suave reconvención—. ¿Es posible que esto os divierta?

—No—respondió el duque con bondadosa sonrisa—, no me *divierte*, me *interesa*.

Entretanto habían levantado al caballo. El pobre animal no podía tenerse en pie. De su destrozado vientre colgaban hasta el suelo los intestinos. También estaba en pie el picador, agitándose entre los brazos de los chulos, furioso contra el toro, y queriendo a viva fuerza, con ciega temeridad, y a pesar del aturdimiento de la caída, volver a montar y continuar el ataque.

—Señor duque—dijo Stein—, quizás voy a pareceros raro; pero en realidad me es imposible asistir a este espectáculo. ¿María, quieres que nos vayamos?

—No—respondió María, cuya alma parecía concentrarse en los ojos—. ¿Soy yo alguna melindrosa y temes por ventura que me desmaye?

—Pues entonces—dijo Stein—, volveré por tí cuando se acabe la corrida.

Y se alejó.

A una señal del presidente, sonaron otra vez los clarines. Hubo un rato de tregua en aquella lucha encarnizada, y todo volvió a quedar en silencio.

Entonces Pepe Vera, con una espada y una capa encarnada en la mano izquierda, se encaminó hacia el palco del Ayuntamiento. Paróse en frente, y saludó, en señal de pedir licencia para matar al toro.

Pepe Vera había echado de ver la presencia del duque, cuya afición a la tauromaquia era conocida. También había percibido a la mujer que estaba a su lado, porque esta mujer a quien hablaba el duque frecuentemente, no quitaba los ojos del matador.

Este se dirigió al duque, y quitándose la montera: «Brindo, dijo, por V. E. y por la real moza que tiene al lado.»—Y al decir esto, arrojó al suelo la montera con inimitable desgaire, y partió a donde su obligación le llamaba.

Los chulillos le miraban atentamente, prontos a ejecutar sus órdenes. El matador escogió el lugar que más le convenía; después, indicándolo a su cuadrilla:

—¡Aquí!—les gritó.

Los chulos corrieron hacia el toro para incitarle, y el toro, persiguiéndolos, vino a encontrarse frente a frente con Pepe Vera, que le aguardaba a pie firme.

Los dos adversarios se contemplaban recíprocamente.

Pepe Vera agitó la capa que llevaba en la mano izquierda. El toro le embistió. Sin hacer más que un ligero movimiento, él le pasó la muleta, volviendo a quedar en suerte, y en cuanto la fiera volvió a acometerle, le dirigió la espada por entre las dos espaldillas, de modo que el animal, continuando su arranque, ayudó poderosamente a que todo el hierro penetrase en su cuerpo, hasta la empuñadura. Se desplomó sin vida.

Es absolutamente imposible describir la explosión general de gritos y de aplausos que retumbaron en todo el ámbito de la plaza. Sólo pueden comprenderlo los que acostumbran presenciar semejantes lances. Al mismo tiempo sonó la música militar.

Pepe Vera atravesó tranquilamente el circo en medio de aquellos frenéticos testimonios de admiración apasionada, de aquella unánime ovación, saludando con la espada a derecha e izquierda, en señal de gratitud, sin que excitase en su pecho sorpresa ni orgullo un triunfo, que más de un emperador romano habría envidiado. Fué a saludar al Ayuntamiento, y después al duque y a la real moza.

El duque entregó disimuladamente una bolsa de monedas de oro a María, y ésta, envolviéndola en su pañuelo, las arrojó a la plaza.

Al hacer Pepe Vera la natural demostración de dar las gracias, las miradas de sus ojos negros se cruzaron con los de María.

CAPITULO III

María, dirigida en su tocador por los consejos de su patrona, se presentó malísimamente pergeñada. Un vestido de *foular* demasiado corto, y matizado de los más extravagantes colores; un peinado sin gracia, adornado con cintas encarnadas muy tiesas; una mantilla de tul blanco y azulado guarnecida de encaje catalán, que la hacía parecer más morena: tal era el adorno de su persona, que necesariamente debía causar, y causó mal efecto.

La condesa dió algunos pasos para salir a su encuentro. Al pasar junto a Rafael, éste le dijo al oído, aplicando las palabras de la fábula del cuervo de la Fontaine:

—Si el gorjeo es como la pluma, será el fénix de estas selvas.

—¡Cuánto tenemos que agradeceros vuestra bondad, en venir a satisfacer el deseo que teníamos de oiros—dijo la condesa a María—. ¡El duque os ha celebrado tanto!

María, sin responder una palabra, se dejó conducir por la condesa a un sillón colocado entre el piano y el sofá.

Rita, para estar más cerca de ella, había dejado su puesto ordinario y colocándose junto a Eloisa.

—¡Jesús!—dijo al ver a María—; si es más negra que una morcilla extremeña.

—No parece—añadió Eloisa—sino que la ha vestido el mismísimo enemigo. Parece un Judas de Sábado Santo. ¿Qué os parece, Rafael?

—Aquélla arruga que tiene en el entrecejo—respondió Arias—le dá todo el aspecto de un unicornio.

Entretanto, María no demostró el menor síntoma de cortedad ni de encogimiento en presencia de una reunión tan numerosa y tan lucida; ni se desmintieron

un solo instante su inalterable calma y su aplomo. Con la ojeada investigadora y penetrante, con la comprensión viva, y con el tino exacto de las españolas, diez minutos le bastaron para observar y juzgarlo todo.

—Ya estoy—decía en sus adentros, y dándose cuenta de sus observaciones—. La condesa es buena, y desea que me luzca. Las jóvenes elegantes se burlan de mí y de mi compostura, que debe ser espantosa. Para los extranjeros, que me están echando el lente con desdén, soy una Doña Simplicia de aldea; para los viejos, soy cero. Los otros se quedan neutrales.

Durante todo este tiempo, la buena y amable condesa hacía cuantos esfuerzos le eran posibles para ligar conversación con María; pero el laconismo de sus respuestas frustraba sus buenas intenciones.

—¿Os gusta mucho Sevilla?—le preguntó con amabilidad.

—Bastante—respondió María.

—¿Y qué os parece la catedral?

—Demasiado grande.

—¿Y nuestros hermosos paseos?

—Demasiado chicos.

—Entonces, ¿qué es lo que más os ha gustado?

—Los toros.

Aquí paró la conversación.

Al cabo de diez minutos de silencio, la condesa le dijo:

—¿Me permitís que ruegue a vuestro marido que se ponga al piano?

—Cuando gusteis—respondió María.

Stein se sentó al piano. María se puso en pie a su lado, habiéndola llevado por la mano el duque.

—¿Tiemblas, María?—le preguntó Stein.

—¿Y por qué había de temblar?—contestó María.

Todos callaron.

Observábanse diversas impresiones en las fisonomías de los concurrentes. En la mayor parte, la curiosidad y la sorpresa; en la condesa, un interés bondadoso; en las mesas de juego, o como decía Rafael, en la cámara alta, la más completa indiferencia.

El príncipe se sonreía con desdén.

El mayor abría los ojos, como si pudiera oir por ellos.

El barón cerraba los suyos.

El coronel bostezaba.

Sir John se aprovechó de aquel intervalo para quitarse el lente y frotarlo con el pañuelo.

Rafael se escapó al jardín para echar un cigarrillo.

Stein tocó sin floreos ni afectación el ritornelo de *Casta Diva*. Pero apenas se alzó la voz de María, pura, tranquila, suave y poderosa, cuando pareció que la vara de un mágico había tocado a todos los concurrentes. En cada rostro se pintó y se fijó una expresión de admiración y de sorpresa.

El príncipe lanzó involuntariamente una exclamación.

Cuando María acabó de cantar, una borrasca de aplausos estalló unánimemente en toda la tertulia. La condesa dió el ejemplo, palmoteando con sus delicadas manos.

—¡Válgame Dios—exclamó el general, tapándose los oídos—. No parece sino que estamos en la plaza de toros.

Stein hacía cortesías hacia todos lados. María volvió a su asiento, tan fría, tan impasible como de él se había levantado.

Cantó después unas variaciones verdaderamente diabólicas, en que la melodía quedaba obscurecida en medio de una intrincada y difícil complicación de floreos, trinos y *volatas*. Las desempeñó con admirable facilidad, sin esfuerzo, sin violencia, y causando cada vez más admiración.

—Condesa—dijo el duque—. El príncipe desea oir algunas canciones españolas, que le han celebrado mucho. María sobresale en este género. ¿Queréis proporcionarle una guitarra?

—Con mucho gusto—respondió la condesa.

—¡Canciones españolas!—clamó Eloisa indignada—. ¡Qué horror!—Eso es

bueno para el pueblo, no para una sociedad de buen tono. ¿En qué está pensando Gracia?

María, además de su hermosa voz y de su excelente método tenía, como hija del pueblo, la ciencia infusa de los cantos andaluces, y aquella gracia que no puede comprender, y de que no puede gozar un extranjero, sino después de una larga residencia en España, y sólo identificándose, por decirlo así, con la índole nacional. En esta música, así como en los bailes, hay una abundancia de inspiración, un atractivo tan poderoso, tal serie de sorpresas, quejas, estallidos de gozo, desfallecimientos, muestras de despego y atracción; una cierta cosa que se entiende y no se explica, y todo esto tan determinado, tan arreglado al compás, tan arrullado, si es lícito decirlo así, por la voz en el canto, y por los movimientos en el baile; la exaltación y la languidez se suceden tan rápidamente, que suspenden, embriagan, y cautivan al auditorio.

Así es que, cuando María tomó la guitarra y se puso a cantar:

Si me pierdo que me busquen
al lado del Mediodía,
donde nacen las morenas,
y donde la sal se cría,

la admiración se convirtió en entusiasmo. Pero el gran triunfo de la música nacional fué que el entrecejo del general se desarrugó.

—¿Te acuerdas, hermano—le preguntó la marquesa sonriéndose—, cuando cantábamos el zorongo y el trípili?

—¿Qué cosas son zorongo y trípili?—preguntó el barón a Rafael.

—Son—respondió—los progenitores del *sereni*, de la *cachucha* y abuelos de la *jaca de terciopelo*, del *vito* y de otras canciones del día.

María salió de casa de la condesa tan pálida e impasible como en ella había entrado.

Cuando la condesa quedó sola con los suyos, dijo con aire de triunfo a Rafael:

—Y ahora, ¿qué dices, mi querido primo?

—Digo—contestó Rafael—que el gorjeo es mejor que la pluma.

—¡Qué ojos!—exclamó la condesa.

Con tanto como se hablaba de la nueva cantatriz, se ignoraba un hecho significativo que había ocurrido aquella misma noche.

Pepe Vera no había cesado de seguir los pasos de María.

—¡Bendita sea!—dijo el célebre torero, tirando al suelo y extendiendo la capa para que sirviese de alfombra a María al salir—; ¡bendita sea esa garganta de cristal, capaz de hacer morir de envidia a todos los ruiseñores del mes de Mayo!

—Y esos ojos—añadió otro que lo acompañaba—, que hieren a más cristianos que todos los puñales de Albacete.

María pasó tan impávida y desdeñosa como siempre.

—¡Ni siquiera nos mira!—dijo Pepe Vera—. Oiga usted, prenda: Un rey es, y mira a un gato. Y cuidado, caballeros, que es una buena moza; a pesar de que...

—¿A pesar de qué?—dijo uno de sus compañeros.

—A pesar de ser tuerta—repuso Pepe Vera.

Al oir estas palabras, María no pudo contener un movimiento involuntario, y fijó en el grupo sus grandes ojos atónitos. Los jóvenes se echaron a reir y Pepe Vera la envió un beso en la punta de los dedos.

María comprendió inmediatamente que aquella expresión no había sido dicha sino para hacerle volver la cara. No pudo menos de sonreirse, y se alejó dejando caer el pañuelo. Pepe lo recogió apresuradamente, y se acercó a ella, como para devolvérselo.

—Os lo entregaré esta noche en la reja de vuestra ventana—le dijo en voz baja y con precipitación.

Al dar las doce salió María de su cama con pasos cautelosos, después de asegurarse de que su marido yacía en profundo sueño. Stein dormía, en efecto, con la sonrisa en los labios, embriagado con el incienso que había recibido aquella noche María, su esposa, su alumna, la amada de su corazón. Entretanto un bulto negro se apoyaba en una de las rejas del piso bajo que habitaba María, y que daba a una de las angostas callejuelas tan comunes en Sevilla. No era posible dis-

tinguir las facciones de aquel individuo, porque una mano oficiosa había apagado de antemano los faroles que alumbraban la calle.

CAPITULO IV

Era ya Sevilla teatro demasiado estrecho para las miras ambiciosas y para la sed de aplausos que devoraban el corazón de María. El duque, además, obligado a restituirse a la capital, deseaba presentar en ella aquel portento, cuya fama le había precedido.

El triunfo que obtuvo María al estrenarse en aquella nueva liza, sobrepujó al que había logrado en Sevilla. No parecía sino que se habían renovado los días de Orfeo y de Anfión, y las maravillas de la lira de los tiempos mitológicos. Stein estaba confuso. El duque embriagado. Pepe Vera dijo un día a la *cantaora:* —¡Caramba, María, te palmotean que ni que hubieses matado un toro de siete años!

Digamos ahora algunas palabras de la duquesa.

Era esta señora virtuosa y bella. Aunque había entrado en los treinta años, la frescura de su tez y la expresión de candor de su semblante le daban un aspecto más joven. Pertenecía a una familia tan ilustre como la de su marido, con la cual estaba emparentada. Leonor y Carlos se habían querido casi desde su infancia, con aquel afecto verdaderamente español, profundo y constante, que ni se cansa ni se enfría. Se habían casado muy jóvenes. A los diez y ocho años Leonor dió una niña a su marido, el cual tenía veintidós a la sazón.

La familia de la duquesa, como algunas de la grandeza, era sumamente devota; y en este espíritu había sido educada Leonor. Leía poco, y jamás tomó en sus manos una novela. Ignoraba enteramente los efectos dramáticos de las grandes pasiones. No había aprendido ni en los libros ni en el teatro el gran interés que se ha dado al adulterio, que por consiguiente no dejaba de ser a sus ojos una abominación, como lo era el asesinato. Jamás habría llegado a creer, si se lo hubiesen dicho, qué estaba levantado en el mundo un estandarte, bajo el cual se proclama la emancipación de la mujer. La duquesa de Almansa era el tipo de la mujer que Dios ama, que la poesía dibuja en sus cantos, que la sociedad venera y admira, y en cuyo lugar se quieren hoy ensalzar *esas amazonas*, que han perdido el bello y suave instinto femenino.

El duque pudo entregarse largo tiempo al atractivo que María ejercía en él, sin que la más pequeña nube empañase la paz sosegada, y, como el cielo, pura, del corazón de su mujer. Sin embargo el duque, hasta entonces tan afectuoso, la descuidaba cada día más. La duquesa lloraba, pero callaba.

Después llegó a sus oídos que aquella cantatriz que alborotaba a todo Madrid era protegida de su marido; que éste pasaba la vida en casa de aquella mujer. La duquesa lloró, pero dudando todavía.

Después el duque llevó a Stein a su casa, para dar lecciones a su hijo, y luego quiso que María las diese a su hija, preciosa criatura de once años de edad.

Recibió, pues, a María con excesiva circunspección; con una reserva fría, aunque urbana.

Leonor, que vivía según sus propensiones tranquilas, muy retirada, no recibía sino pocas visitas, la mayor parte de sus parientes; los demás eran sacerdotes y algunas otras personas de confianza. Así, pues, asistía con no desmentida perseverancia a las lecciones de su hija; y tanto empeño puso en no alejarla de sus miradas maternas, que este sistema no pudo menos de ofender a María. Las personas que iban a ver a la duquesa no hacían más que saludar fríamente a la maestra, sin volver a dirigirle la palabra. De este modo, llegaba a ser en extremo humillante la posición que ocupaba en aquella noble y austera casa, la mujer que el público de Madrid adoraba de rodillas. María lo conocía, y su orgullo se indignaba; pero como la exquisita cortesía de la duquesa no se desmintió jamás, como en su grave, modesto y hermoso rostro no se había manifestado nunca una sonrisa de desdén, ni una mirada de altanería, María no podía quejarse.

Pero declaró resueltamente al duque que no continuaría dando lecciones a su hija. El duque, alucinado tanto por el entusiasmo que María le inspiraba, como por los amaños de que ella supo valerse, supuso que su mujer habría dado motivo para aquella determinación, y se mostró aún más frío con ella.

CAPITULO V

La llegada a Madrid del célebre cantor Tenorini, puso cima a la gloria de María, por la admiración con que la encomiaba aquel coloso, y por el empeño que manifestó en cantar acompañado de una voz digna de unirse a la suya.

Mientras María participaba con el *gran cantante* de la desaforada ovación que le ofrecía un público que de rodillas los veneraba humildemente; se representaba una escena de diferente caracter en la pobre choza de que ella saliera poco más de un año antes.

Pedro Santaló yacía postrado en su lecho. Desde la separación de su hija no había levantado cabeza. Tenía los ojos cerrados y no los abría sino para fijar sus miradas en el cuartito que había ocupado María, y que no estaba separado del suyo sino por el estrecho pasadizo que subía al desván.

—Tío Pedro—decía la tía María—. Don Modesto ya ha escrito dos cartas y se han puesto en el correo, que dicen es la manera de que lleguen más presto y con más seguridad.

—¡No vendrá!—murmuró el enfermo.

—Pero vendrá su marido, y por ahora eso es lo que importa—, repuso la tia María.

—¡Ella! ¡Ella!—exclamó el pobre padre.

Una hora después de esta conversación, la tía María caminaba de nuevo al convento, sin haber logrado que el huraño y obstinado catalán accediese a trasladarse a él. Cabalgaba la buena anciana en la insigne Golondrina.

Momo hecho ya un hombrón sin haber perdido un ápice de su fealdad nativa, iba arreando la burra.

—Oiga usted, madre abuela—dijo—¿y van a durar mucho estos paseítos de recreo cotidianos para venir a ver a este lobo marino?

—Por decontado—respondió su abuela—; puesto que no se quiere venir al convento. Me temo que se muera si no ve a su hija.

—No me moriré yo de esa enfermedad—dijo Momo, soltando una carcajada de grueso calibre.

—Mira hijo—prosiguió la tia María—, yo no me fío mucho del correo por más que digan que es seguro. Tampoco don Modesto se fía de él; así para que don Federico y Marisalada lleguen a saber lo malo que está el tío Pedro, no hay medio más seguro, sino el que tú mismo vayas a Madrid a decírselo, porque al fin no podemos estar así, cruzados de brazos, viendo morir a un padre que clama por su hija, sin hacer por traérsela.

—¿Yo? ¡Yo ir a Madrid y para buscar a la Gaviota!—exclamó Momo horripdo—. ¿Está usted en su juicio, señora?

—Tan en mi juicio y tan en ello, que si tú no quieres ir, iré yo. A Cádiz fuí no me perdí, ni me sucedió nada; lo mismo será si voy a Madrid. Parte el corazoir a ese pobrecito padre clamar por su hija.

Encontraron entonces a Manuel y a José, que iban de vuelta al convento.

—Madre, ¿cómo está el tío Pedro?—preguntó el primero.

—Mal, hijo, mal. Se me parte el corazón de verle tan malo, tan triste y tan solo. Es preciso que Momo vaya a Madrid a traerse a su hija y a don Federico.

—Que vaya—dijo Manuel—; así verá mundo.

—¡Yo!—exclamó Momo—, ¿cómo he de ir yo, señor?

—Con un pie tras otro—respondió su padre—; ¿tienes miedo de perderte, o de que te coma el cancón?

—Lo que es que no tengo ganas de ir,—replicó Momo exasperado.

—Pues yo te las daré con una vara de acebuche; ¿estás, mal mandado?—dijo su padre.

Momo, renegando del tío Pedro y de su casta, no tuvo más remedio que emprender su viaje.

Una tarde salia la tía María más desazonada que nunca de en casa del pobre pescador.

—Dolores,—dijo a su nuera—, el tío Pedro se nos va. Esta mañana enrollaba las sábanas de su cama, y eso es que está liando el hato para el viaje del que no se vuelve. Palomo, que fué conmigo, se puso a aullar. ¡Y esa gente no viene!

Estoy que no se me calienta la camisa en el cuerpo. Me parece que Momo debería ya estar de vuelta: diez días lleva de viaje.

—Madre,—contestó Dolores—, hay mucha tierra que pisar hasta Madrid. Manuel dice que no puede estar de vuelta, sinó de aquí a cuatro o cinco días.

Pero ¡cuál no sería el asombro de ambas, cuando de repente vieron ante sí con aire azorado y mal gesto, al mismísimo Momo en persona!

—¡Momo!—exclamaron las dos a un tiempo.

—El mismo en cuerpo y alma!—contestó éste.

—¿Y Marisalada?—preguntó ansiosa la tía María.

—¿Y don Federico?—preguntó Dolores.

—Ya los pueden ustedes aguardar hasta el día del juicio—respondió Momo—. ¡Vaya que ha estado bueno mi viaje! gracias a madre abuela, que me he visto metido en un berengenal, que ya...

—¿Pero qué es lo que hay? ¿qué te ha sucedido?—preguntaron su abuela y su madre.

—Lo que van ustedes a oir, para que admiren los juicios de Dios y le bendigan por verme aquí salvo y libre; gracias a que tengo buenas piernas.

—Cuando llegué a Madrid—dijo Momo—y me ví sólo en aquel cotarro, se me abrieron las carnes. Cada calle me parecía un soldado, cada plaza una patrulla; con la papeleta que me dió el comandante, que era un papel que hablaba, fuí a dar en una taberna, donde topé con un achispado, amigo de complacer, que me llevó a la casa que rezaba el papel. Allí me dijeron los criados que sus amos no estaban en casa; y con eso iban a darme con la puerta en los hocicos. ¡Eh! les dije, miren ustedes con quién hablan, que yo no soy criado de nadie, ni nada vengo a pedir, aunque pudiera hacerlo, porque en mi casa fué donde recogimos a don Federico, cuando se estaba muriendo, y no tenía ni sobre qué caerse muerto.

—Nicolás,—dijo entonces una moza que tenía trazas de ser tan farota como su ama—, lleva ese ganso al *treato;* allí podrá ver a la señora.

El criado se puso el sombrero, y me llevó a una casa muy grandísima y muy alta, que era a *moo* de iglesia; solo que en lugar de cirios tenía unas lámparss que alumbraban como soles. En rededor había como unos asientos, en que estaban sentadas, más tiesas que husos, más de diez mil mujeres, puestas en feria, como redomas en boticas. Abajo había tanto hombre, que parecía un hormiguero. ¡Cristianos! ¡yo no sé de dónde salió tanta criatura! Pues no es nada, dije para mi chaleco ¡las hogazas de pan que se amasarán en la villa de Madrid?... Pero asómbrense ustedes; toda esa gente había ido allí, ¿a qué?... ¡a oir cantar a la Gaviota!

Pues cate usted ahí que de repente, y sin que nadie se lo mandase, suenan a la par más de mil instrumentos, trompetas, pitos y unos violines tamaños como confesionarios, que se tocaban para abajo. ¡María Santísima y qué atolondro! yo dí una encojinada, que fué floja en gracia de Dios.

—Pero, ¿de dónde salió tanta música?—preguntó su madre.

—Qué se yo! habría leva de ciego por toda España.

Se presenta una mujer muy *ajicotada*, con más terciopelos, bordaduras de oro y más dijes que la Virgen del Rosario.

—Esta es la reina doña Isabel II, dije yo para mi chaleco. Pues no señor, no era la reina. ¿Saben ustedes quién era? ¡Ni más ni menos que la Gaviota, la malvada Gaviota, que andaba aquí descalza de pies y piernas! Lo primero que sucedió con el vergel había sucedido con ella; la Gaviota descalza de pies y piernas, se la había llevado el demonio, y en su lugar había puesto una *principesa*. Yo estaba cuajado. Cuando menos se pensaba, entra un señor mayor muy engalanado. Estaba que echaba bombas; ¡qué enojado! ponía unos ojos... ¡caramba! dije yo para mi chaleco, no quisiera yo estar en el pellejo de esa Gaviota.

Es de presumir el que le habría mandado el general a la Gaviota, que se quitase los arrumacos, porgue salió toda vestida de blanco, que parecía amortajada. Se puso a cantar, y sacó una guitarra muy grande que puso en el suelo y tocò con las dos manos, (¡qué no es capaz de inventar esa Gaviota!!) y ahora viene lo gordo, pues de repente, sale un moro.

—¿Un moro?

—¡Pero qué moro! más negro y más ferôstico que el mismísimo Mahoma con un puñal en la mano, tamaño como un machete. ¡Yo me quedé yerto!

—¡Jesús María!—exclamaron su madre y su abuela.

—Pregunté a Nicolas que quién era aquel Fierabrás y me respondió que se llamaba *Telo*. Para acabar presto; el moro le dijo a la Gaviota que la venía a matar.

—Virgen del Carmen!—exclamó la tía María—¿era acaso el verdugo?

—No se si era el verdugo, no se si era un matador pagado—respondió Momo—; lo que sí sé es que la agarró de los cabellos, y la dió de puñaladas: lo ví con estos ojos que ha de comer la tierra, y puedo dar testimonio.

—¿Pero qué hicieron tantos como presentes estaban?—preguntó Dolores llorando—¿no hubo nadie que prendiese a ese desalmado?

—Eso es lo que yo no sé—contestó Momo—; pues al ver aquello, cogí dos de luz y cuatro de traspón, no fuese que me llamasen a declarar, y no paré de correr hasta no poner algunas leguas entre la villa de Madrid y el hijo de mi padre.

—Preciso es,—dijo entre sollozos la tía María—ocultarle esta desdicha al pobre tio Pedro. ¡Ay! ¡qué dolor! ¡qué dolor!

—Cada uno lleva su merecido,—dijo Momo—; esa embrollona descastada había de parar en mal; no podía eso marrar. Si no estuviese cansado iba sobre la marcha a contárselo a Raton Pérez.

CAPITULO VI

No tardó en esparcirse por todo el lugar la voz de que la hija del pescador nabía sido asesinada.

Así pues, el egoista, torpe y discolo Momo, que ayudado de su espíritu hostil e instintos egoistas creyó realidad lo que vió en el teatro, no solo habia hecho un viaje inútil, por no haber cumplido su comisión, sino que indujo en el error en que su torpeza indócil le hizo caer, a todas aquellas buenas gentes.

La cara de don Modesto se le alargó dos pulgadas.

El cura dijo una misa por el alma de María.

Ramòn Pérez ató un lazo negro a su guitarra.

Rosa Mistica dijo a don Modesto:

—Dios la haya perdonado! Bien dije yo, que acabaría mal. Usted recordará que por más que procuraba yo guiarla a la derecha, ella siempre tiraba a la izquierda.

La tía María, calculando que en vista de la catástrofe,no le sería posible a don Federico venir por entonces, se decidiò a confiar la cura del tío Pedro a un médico joven que había reemplazado a Stein en Villamar.

El médico hallò al tío Pedro tan grave, que declaró ser necesario el prepararlo.

Aquella pobre morada se hàbía aseado y dispuesto con esmero y decencia, gracias a los cuidados de la tía María y del hermano Gabriel. Sobre una mesa se había colocado un crucifijo con luces y flores; porque las luces y los perfumes son los homenajes externos que se tributan a Dios. La cama estaba limpia y primorosa.

Concluída la ceremonia, nadie quedó con el enfermo sino el cura, la buena tía María y fray Gabriel. El tío Pedro yacía tranquilo. Al cabo de algún tiempo abrió los ojos, y dijo:

—¿No ha venido?

—Tío Pedro—respondió la tía María, mientras corrían por sus arrugadas mejillas dos lágrimas que no alcanza a ver el enfermo—: hay mucho trecho de aquí a Madrid. Ha escrito que iba a ponerse en camino, y pronto la veremos llegar.

Santaló volvió a caer en su letargo.

Después se desmayó; volvió en sí, abrió los ojos que ya cristalizaba la muerte, y pronunció con acento ininteligible estas palabras:

—¡No ha venido!

En seguida dejó caer la cabeza en la almohada, y exclamó en voz alta y firme:

—Misericordia, Señor.

—Rezad el credo—dijo el cura tomando entre sus manos las del moribundo, y acercándose a su oído, para hacer llegar a su percepción algunas palabras de Fe, Esperanza y Caridad, en medio del entorpecimiento creciente de sus sentidos.

La tía María y el hermano Gabriel se postraron

Los católicos conservan a la muerte todo el respeto solemne que Dios le ha dado, adoptándola él mismo como sacrificio de expiación.

CAPITULO VII

El mundo es un compuesto de contrastes. No es muy nueva, ni muy original esta observación; pero cada día se nos presentan a la vista la aurora y el ocaso, y cada vez nos sorprenden y admiran, a pesar de su repetición.

Así es, que mientras el pobre pescador ofrecía a sus humildes y piadosos amigos el grande y augusto espectáculo de la santa muerte del cristiano, su hija daba al público de Madrid, frenéticamente entusiasmado, el de una *prima donna* sin una gota de sangre italiana en las venas, y que eclipsaba ya en el ejercicio de su arte al mismo gran Tenorini.

María, en traje de Semíramis, estaba preparada para salir a la escena. Rodeábanla algunas personas.

Pepe Vera entró a la sazón, se aproximó a ella, y, sin que nadie lo oyese, le dijo al oído:

—No quiero que cantes—y siguió adelante con impasible aire de indiferencia

María se puso pálida de sorpresa, y enrojeció de indignación en seguida.

—Vamos—dijo a su doncella—Marina, ajusta bien los pliegues del vestido. Van a empezar—y añadió en voz alta para que lo oyese Pepe Vera, que se iba alejando—: con el público no se juega.

—Señora—le dijo uno de los empleados—, ¿puedo mandar que alcen el telón?

—Estoy lista—respondió.

Pero, no bien hubo pronunciado estas palabras, cuando lanzó un grito agudo.

Pepe Vera había pasado por detrás, y cogiéndole el brazo con fuerza brutal, había repetido:

—No quiero que cantes.

Vencida por el dolor, se había arrojado en una silla llorando. Pepe Vera había desaparecido.

—¿Qué tiene? ¿Qué ha sucedido?—preguntaban todos los presentes.

—Me ha dado un dolor—respondió María llorando.

—¿Qué tenéis, señora?—preguntó el director, a quien habían dado aviso de lo que pasaba.

—No es nada—contestó María, levantándose y enjugándose las lágrimas—. Ya pasó; estoy pronta. Vamos.

En este momento, Pepe Vera, pálido como un cadáver, y ardiéndole los ojos como dos hornillos, vino a interponerse entre el director y María.

—Es una crueldad—dijo con mucha calma—sacar a las tablas a una criatura que no puede tenerse en pie.

—¡Pero qué! Señora—exclamó el director—, ¿estais enferma? ¿Desde cuándo? Hace un momento que os he visto rozagante, alegre y animada.

María iba a responder, pero bajó los ojos y no desplegó los labios. Las miradas terribles de Pepe Vera la fascinaban, como fascinan al ave las de la serpiente.

—¿Por qué no ha de decirse la verdad?—continuó Pepe Vera sin alterarse—. ¿Por qué no habéis de confesar que no os halláis en estado de cantar? ¿Es pecado por ventura? ¿Sois esclava, para que os arrastren a hacer lo que no podéis?

Entretanto el público se impacientaba. El director no sabía qué hacer. La autoridad envió a saber la causa de aquel retardo; y mientras el director explicaba lo ocurrido, Pepe Vera se llevaba a María, bajo el pretexto de necesitar asistencia, agarrándola por el puño con tanta fuerza que parecía romperle los huesos, y diciéndola con voz ahogada, pero firme:

—¡Caramba! ¿No basta decir que no quiero?

Cuando estuvieron solos en el cuarto que servía de vestuario a María, estalló la rabia de ésta.

—Eres un insolente, un infame—exclamó con voz sofocada por la ira—. ¿Qué derecho tienes para tratarme de esta suerte?

—El quererte—respondió Pepe Vera, con flema.

—Maldito sea tu querer—dijo María.

Pepe Vera se echó a reir.

—¡Lo dices eso, como si pudieras vivir sin él!—dijo volviendo a reir.

—¡Vete, vete!—exclamó María—y no vuelvas más a ponérteme delante.

—Hasta que me llames.

—¡Yo a tí! Antes llamaría al demonio.

—Eso puedes hacer; que no tendré celos.

—¡Vete, vete al instante, déjame!

—Concedido—dijo el torero—; de hilo me voy en casa de Lucía del Salto. (María estaba celosísima de aquella mujer, que era una bailarina a quien Pepe Vera cortejaba antes de conocer a María.)

—¡Pepe! ¡Pepe!—gritó María—. ¡Villano! ¡La traición después del vejámen!

—Aquella—dijo Pepe Vera—no hace más que lo que yo quiero. Tú eres demasiado señorona para mí. Si quieres que hagamos buenas migas, se han de hacer las cosas a mi voluntad. Para mandar tú y no obedecer, ahí tienes a tus duques, a tus embajadores, a tus desaboridas y achacosas excelencias.

Dijo, y echó a andar hacia la puerta.

—¡Pepe! ¡Pepe!—gritó María, desgarrando su fino pañuelo entre sus crispados dedos.

—Llama al demonio—le respondió irónicamente Pepe Vera.

—¡Pepe! ¡Pepe! Ten presente lo que voy a decirte. Si te vas con Lucía, me dejo enamorar por el duque.

—¿A que no te atreves?—respondió Pepe, dando algunos pasos atrás.

—¡A todo me atrevo yo por vengarme!

Pepe se quedó plantado delante de María, con los brazos cruzados, y los ojos fijos en ella.

María sostuvo sin alterarse, aquellas miradas penetrantes como dardos.

—Vamos, Maruja—dijo Pepe Vera, que había sido el agresor—, seamos amigos, y pelillos a la mar. No iré en casa de Lucía, pero, en cambio, y para estar seguros uno de otro, me vas a esconder esta noche en tu casa, de modo que pueda ser testigo de la visita del duque, y convencerme por mí mismo de que no me engañas.

Una hora despues de esta escena, María estaba en su casa medio recostada en un sofá; el duque estaba sentado cerca de ella; Stein, en pie, tenía en sus manos las de su mujer, observando el estado del pulso.

—No es nada, María—dijo a ésta—. No es nada, señor duque: un ataque de nervios que ya ha pasado. El pulso está perfectamente tranquilo. Reposo, María, reposo. Te matas a fuerza de trabajo. Hace algún tiempo que tus nervios se irritan de un modo extraordinario. Tu sistema nervioso se resiente del impulso que das a los papeles. No tengo la menor inquietud, y así me voy a velar un enfermo grave. Toma el calmante que voy a recetar; cuando te acuestes, una horchata, y por la mañana leche de burra—y dirigiéndose al duque—; mi obligación me fuerza, mal que me pese, a ausentarme, señor duque.

Y volviendo a recomendar a su mujer el sosiego y el reposo, Stein se retiró, haciendo al duque un profundo saludo.

—El duque, sentado en frente de María, la miró largo tiempo.

María parecía extraordinariamente aburrida.

—¿Estais cansada?—dijo aquel con la suavidad que sólo el amor puede dar a la voz humana.

—Estoy descansando—respondió ella.

—¿Queréis que me vaya?

—Si os place...

—Al contrario, me disgustaría mucho.

—Pues, entonces, quedaos.

—María—dijo el duque después de algunos instantes de silencio, y sacando un papel del bolsillo—, cuando no puedo hablaros, canto vuestras alabanzas. He aquí unos versos que he compuesto anoche; porque de noche, María, sueño sin dormir. ¿Queréis, María, que os lea los versos?

—Bien—respondió fríamente María.

El duque leyó una linda composición.

—Son muy hermosos—dijo María algo más animada—; ¿van a salir en *El Heraldo?*

—¿Lo deseáis?—preguntó el duque suspirando.
—Creo que lo merecen—contestó María.
El duque calló, apoyando su cabeza en sus manos.
Cuando la levantó vió en los ojos de María, fijos en la puerta de cristales de su alcoba, un vivo rayo, inmediatamente apagado. Volvió la cara hacia aquel lado, pero no vió nada.
El duque, en su distracción, había hecho un rollo del papel en que estaban escritos sus versos, que María no había reclamado.
—Vais a hacer un cigarro con el soneto?—preguntó María.
—Al menos, así serviría para algo—respondió el duque.
—Dádmelos y los guardaré—repuso María.
El duque pasó en el papel enrollado una magnífica sortija de brillantes.
—¡Qué!—dijo María—, ¿la sortija también?
Y se la puso en el dedo, dejando caer al suelo el papel.
—¡Ah!—pensó entonces el duque—; ¡no tiene corazón para el amor, ni alma para la poesía, ni aun parece que tiene sangre para la vida. Y sin embargo, el cielo está en su sonrisa, el infierno en sus ojos, y todo lo que el cielo y la tierra contienen, en los acentos de su soberana voz.
El duque se levantó.
—Descansad, María—le dijo—. Reposad tranquila en la venturosa paz de vuestra alma, sin que la inoportune la idea de que otros velan y padecen.

CAPITULO VIII

Apenas cerró el duque la puerta, cuando Pepe Vera salió por la de la alcoba, riéndose a carcajadas.
—¿Quieres callar?—le dijo María, haciendo reflejar los rayos de la luz en el solitario que el duque acababa de regalarle.
—No—respondió el torero—, porque me ahogaría la risa. Ya no estoy celoso, Mariquita. Tantos celos tengo como el sultán en su serrallo. ¡Pobre mujer! ¿Qué sería de tí, con un marido que te enamora con recetas, y un cortejo que te obsequia con coplas, si no tuvieras quien supiera camelarte con zandunga? Ahora que el uno se ha ido a *soñar despierto*, y el otro a *velar dormido*, vámonos tú y yo a cenar con la gente alegre, que aguardándonos está.
—No, Pepe. No me siento bien. El sofoco que he tomado, el frío que hacía al salir del teatro, me han cortado el cuerpo. Tengo escalofríos.
—Pues bien—dijo Pepe—, si esa es tu voluntad, y quieres curarte en salud, buenas noches.
—¡Cómo!—exclamó María—. ¿Te vas a cenar y me dejas? ¿Me dejas sola y mala como lo estoy, por tu causa?
—¡Pues qué!—replicó el torero—, ¿quieres que yo también me ponga a dieta? Eso no, morena. Me aguardan y me largo. Buen rato te pierdes.
María se levantó con un movimiento de coraje, dejó caer una silla, salió del cuarto cerrando la puerta con estrépito, y volvió en breve, vestida de negro, cubierta de una mantilla cuyo velo le ocultaba el rostro, y envuelta en un pañolón y salieron los dos juntos.
Muy entrada la noche, al volver Stein a su casa, el criado le entregó una carta. Cuando estuvo en su cuarto, la abrió. Su contenido y su ortografía eran como sigue:
«Señor dotor:
«No creha V. que esta es una carta anónima; yo hago las cosas claras; comienzo por decirle mi nombre que es Lucía del Salto; me parece que es nombre bastante conocido.
«Señor marío de la Santaló, es menester ser tan bueno o tan bobo como V. lo es, para no caher en la qüenta de que su muger de V. está mal entretenía por Pepe Vera, que era mi novio, que yo lo puedo decir, porque no soy casada y a nadie engaño. Si V. quiere que se le caigan las cataratas, vaya V. esta noche a la calle de ***, número 13, y allí ará V. como Santo Tomás.»
—¡Puede darse una infamia semejante!—exclamó Stein, dejando caer la carta al suelo—. Mi pobre María tiene envidiosas y lo son mujeres de teatro. ¡Pobre

María!, enferma, quizás durmiendo ahora sosegadamente. Pero veamos si su sueño es tranquilo. Anoche no estaba bien. Tenía el pulso agitado, y la voz tomada. ¡Hay tantas pulmonías ahora en Madrid!

Stein tomó una luz, salió de su cuarto, pasó a la sala, por la cual comunicaba con la alcoba de su mujer, entró en ella, pisando con las puntas de los pies, se acercó a la cama, entreabrió lar cortinas... no había nadie!

—No—dijo después de algunos instantes de reflexión. ¡No es posible! Debe haber alguna causa, algún motivo imprevisto.

—Sin embargo—continuó después de otra pausa—; es preciso que no me quede nada sobre el corazón. Es preciso que yo pueda responder a la calumnia, no sólo con el desprecio, sino con un solemne mentís y con pruebas positivas.

Con el auxilio de los serenos, Stein pudo hallar fácilmente el lugar indicado en la carta.

La casa indicada no tenía portero; la puerta de la calle estaba abierta. Stein entró, subió un tramo de la escalera, y al llegar al primer descanso no supo donde dirigirse.

Debilitado el primer ímpetu de su resolución, empezó a avergonzarse de lo que hacía. Espiar, decía, es una bajeza. Si María supiera lo que estoy haciendo, se resentiría amargamente y tendría razón. ¡Dios mío!, ¿sospechar a la persona que amamos, no es crear la primera nube en el puro cielo del amor?

Stein lanzó un profundo suspiro, que parecía estarle ahogando, y pasó su pañuelo por su húmeda frente.

En aquel instante se abrió una puerta que daba al descanso en que se había parado Stein, y dió salida a un rumor de vasos, de cantos y de risas; una criada que salía de adentro sacando botellas vacías, se hizo atrás, para dejar pasar a Stein, cuyo aspecto y traje le inspiraron respeto.

—Pasad adelante—le dijo—; aunque venís tarde; porque ya han cenado; y siguió su camino.

Si todos los sentidos que elevan y ennoblecen el alma cegaban al duque, todos los impulsos buenos y puros del corazón cegaban a Stein con respecto a María. ¡Cuál sería, pues, su asombro al verla sentada a la mesa en un taburete, teniendo a sus pies una silla baja, en que estaba Pepe Vera, que tenía una guitarra en la mano y cantaba.

—¡Bien, bien, Pepe!, gritaron los otros comensales. Ahora le toca cantar a Marisalada. Que cante Marisalada. Nosotros no somos gente de levita ni de paletó; pero tenemos oídos como los tienen ellos; que en punto a orejas, no hay pobres ni ricos.

María tomó la guitarra que Pepe Vera le presentó de rodillas, y cantó:

Más quiero un jaleo pobre,
y unos pimientos asados,
que no tener un usía
desaborío a mi lado.

A esta copla respondió un torbellino de aplausos, vivas y requiebros, que hicieron retemblar las vidrieras.

Stein se puso rojo como la grana, menos de indignación que de vergüenza.

—Sobre que ese Pepe nació de pie—dijo uno de sus compañeros.

—¡Tiene más suerte que quiere!

—Como que hoy por hoy no la cambio por un imperio—repuso el torero.

—¿Pero qué dice a eso el marido?—preguntó un picador, que contaba más años que todos los demás de la cuadrilla.

—¿El marido?—respondió el torero—, no conozco a su mercé sino para servirlo. Pepe Vera no se las aviene sino con toros bravos.

Stein había desaparecido.

CAPITULO IX

El dia siguiente de los sucesos referidos en el capítulo que precede, el duque estaba sentado en su librería enfrente de su carpeta, cuando le anunciaron a Stein.

—Señor duque—le dijo— voy a causaros una gran sorpresa, porque vengo a

tomar vuestras órdenes, a daros gracias por tantas bondades, y a anunciaros mi inmediata partida.

—¡Partir!—exclamó el duque, con la expresión de la más viva sorpresa.

—Sí, señor, sin demora.

—¿Sin demora? ¿Y María?

—María no viene conmigo.

—Vamos, don Federico, os chanceais. No puede ser,

—Lo que no puede ser, señor duque, es que yo permanezca aquí.

—La razón.

—¡Ah! no me lo preguntéis; porque no puedo decirlo.

—¿Y a dónde vais?

—A América.

—Eso es imposible, Stein; lo repito ¡es imposible!—exclamó el duque, levantándose en un estado de excitación que crecía por momentos—. Nada puede haber en el mundo que os obligue a abandonar vuestra mujer, a separaros de vuestros amigos, a desertar de vuestro empleo.

Stein callaba.

—De todos modos—añadió el duque—, es una ingratitud.

Al oir esta palabra cruel y tierna al mismo tiempo, Stein se cubrió el rostro con las manos, y su dolor largo rato comprimido estalló en hondos sollozos.

El duque se acercó a él, le tomó la mano y le dijo:

—No hay indiscreción en desahogar sus penas en el corazón de un amigo, ni puede existir deber alguno que prohiba a un hombre recibir los consejos de las personas que se interesan en su bienestar, particularmente en las circunstancias graves de la vida. Hablad, Stein. Abridme vuestro corazón.

Stein parecía ocupado en buscar el modo de hacer la declaración que exigía la amistad del duque. Por fin, levantando pausadamente la cabeza:

—Señor duque,—le dijo--¿qué haríais si la señora duquesa os prefiriese a otro hombre?... ¡si os fuera infiel!

El duque se puso en pié de un salto, erguida la frente, y mirando severamente a su interlocutor.

—Señor doctor, esa pregunta...

—Respondedme, respondedme- -dijo Stein cruzando las manos en actitud de un hombre profundamente angustiado.

—¡Por Cristo Santo!—dijo el duque—¡ambos morirían a mis manos!

Stein bajó le cabeza.

—Yo no los mataré—dijo—; pero me dejaré morir!

El duque empezó a columbrar la verdad, y un temblor que no pudo contener recorrió sus miembros.

—¡María!...—exclamó al fin.

—María, respondió Stein sin levantar la frente, como si la infamia de su mujer fuese un peso que se le oprimiera.

—¿Y la habéis sorprendido!—dijo el duque, pudiendo apenas pronunciar estas palabras.

—En una verdadera orgía,—respondió Stein—, tan licenciosa como grosera, en que el vino y el tabaco servían de perfumes, y en que el torero Pepe Vera, se jactaba de ser su amante. ¡Ah María, María!—prosiguió, cubriéndose el rostro con las manos.

—El duque, que como todos los hombres serenos tenía un gran imperio sobre sí mismo, dió algunas vueltas por el aposento. Parándose después delante de su pobre amigo, le dijo con solemnidad:

—Partid, Stein.

Stein se levantó; apretó entre sus manos las del duque, quiso hablar y no pudo...

El duque le abrió los brazos.

—Valor, Stein,—le dijo—y hasta la vista...

—¡Adiós, y... para siempre!—murmuró Stein, arrojándose fuera del cuarto.

Cuando el duque estuvo solo, se paseó largo rato. A medida que se calmaba la agitación producida por la terrible sorpresa que se había apoderado de su alma al oir la revelación de Stein, se iba asomando a sus labios la sonrisa del desprecio

—¡Y yo—decía—yo que la adoraba, como se adora a un ser ideal, que la honraba como se honra a la virtud, que la respetaba como debe respetarse a la mujer de un amigo!... ¡Y yo, que enteramente absorto en ella, me alejaba de la noble mujer, que fué mi primero, mi único amor!... ¡la casta, la pura madre de mis hijos! ¡mi Leonor, que todo lo ha sobrellevado en silencio, y sin quejarse!

Por un movimiento repentino, y cediendo al impulso poderoso de sus últimas reflexiones, el duque salió de su gabinete y se encaminó a las habitaciones de su mujer. Entró en ellas por una puerta secreta. Al aproximarse a la pieza en que la duquesa solía pasar el día, oyó hablar y pronunciar su nombre. Entonces se detuvo.

—¿Con que se ha hecho invisible el duque?—decía una voz agridulce—. Hace quince días que he llegado a Madrid y no solo no se ha dignado venir a verme mi querido sobrino, sinó que no le he visto en ninguna parte.

—Tía—respondió la duquesa—, puede ser que no sepa vuestra llegada.

—¡No saber que la marquesa de Gutibamba ha llegado a Madrid! Además, me parece que has tenido sobrado tiempo para decírselo.

—Es verdad, tía, soy culpable de ese olvido.

—Pero no hay que extrañarlo—continuó la voz agridulce. ¿Cómo ha de gustar de mi sociedad, ni de las personas de su clase, cuando todo el mundo dice que no trata más que con cómicas?

—Es falso—respondió con sequedad la duquesa.

—O eres ciega—dijo la marquesa exasperada—, o eres consentidora.

—Lo que no consentiré jamás—dijo la duquesa—, es que la calumnia venga a hostilizar a mi marido, aquí, en su misma casa, y a los oídos de su mujer.

—Bien está—dijo la Gutibamba—, tu carácter austero, reservado y metido en tí, te priva ya del corazón de tu marido, y acabará por alejar de tí a todos tus amigos.

Y la marquesa salió muy satisfecha de su peroración.

Leonor se quedó sentada en su sofá, inclinada la cabeza y humedecido su hermoso y pálido rostro con las lágrimas.

De repente se volvió dando un grito. Estaba en los brazos de su marido.

—¡Leonor mía! ¿Qerrás y podrás perdonarme?—dijo dejándose caer de rodillas ante su mujer.

Esta selló con sus lindas manos los labios de su marido.

—Hagamos un pacto—dijo—. No me hables nunca de tus faltas, y yo no te hablaré nunca de mis penas.

En este momento entró Angel corriendo. El duque y la duquesa se separaron por un movimiento pronto y simultáneo, porque en España, en donde el lenguaje es libre por demás, hay una extremada reserva en las acciones.

CAPITULO X

María, indispuesta desde antes de ir a la cena, había empeorado, y tenía calentura a la mañana siguiente.

—Marina—dijo a su criada, después de un inquieto y breve sueño—. Llama a mi marido, que me siento mala.

—El amo no ha vuelto—respondió Marina.

—Habrá estado velando a algún enfermo—dijo María—. ¡Tanto mejor! Me recetará una cáfila de cosas y de remedios, y yo los aborrezco.

—Estáis muy ronca—dijo Marina.

—Mucho,—respondió María—, y es preciso cuidarme. Me quedaré hoy en cama, y tomaré un sudorífico. Si viene el duque le dirás que estoy dormida. No quiero ver a nadie. Tengo la cabeza loca.

—¿Y si viene alguien por la puerta falsa?

—Si es Pepe Vera déjale entrar, que tengo que decirle. Echa las persianas y vete.

Salió la criada, y a los pocos pasos volvió atrás, dándose un golpe en la frente.

—Aquí,—dijo—hay una carta que el amo ha dejado a Nicolás, para entregársela.

—Vete a paseo con tu carta—dijo María—; aquí no se ve, y además quiero dormir. ¡Qué me dirá! Me indicará el sitio donde le *llama el deber*. ¡Qué se me da a mí de eso! Deja la carta sobre la cómoda y vete de una vez.

Algunos minutos después entró Pepe Vera, abrió las persianas para que entrase la luz, se echó sobre una silla sin dejar de fumar, y mirando a María, cuyas mejillas encendidas y cuyos ojos hinchados indicaban una seria indisposición.

—¡Buena estás!—le dijo—. ¿Qué dirá Poncio Pilato?

—No está en casa—respondió María cada vez más ronca.

—Tanto mejor, y quiera Dios que siga andando como el judío errante, hasta el día del juicio. Ahora vengo de ver los toros de la corrida de esta tarde. ¡Ya nos darán que hacer los tales bichos! Hay uno negro que se llama Medianoche, que ya ha matado a un hombre en el encierro.

—¿Quieres asustarme y ponerme peor de lo que estoy?—dijo María—. Cierra las persianas, que no puedo aguantar el resplandor.

—¡Tonterías!—replicó Pepe Vera—¡puros remilgos! No está aquí el duque para temer que te ofenda la luz, ni el *mata-sanos* de tu marido, para temer de que entre un soplo de aire y te mate. Aquí huele a patchulí, a algalia, a almizcle, a cuantos potingues hay en la botica. Esas porquerías son las que te hacen daño. Deja que entre el aire, y que se orée el cuarto que eso te hará provecho. Dime, prenda, ¿irás esta tarde a la corrida?

Al decir estas palabras se levantó y abrió de par en par la ventana.

—¿Acaso estoy capaz de ir?—respondió María—. Cierra esa ventana, Pepe. No puedo soportar esa luz tan viva, ni ese aire tan frío.

—Y yo—dijo Pepe—, no puedo soportar tus dengues. Lo que tienes es, poco mal y bien quejado. Voy a mandar hacerte el ataud, y después a matar a Medianoche, brindándoselo a Lucía del Salto, que se pondrá poco hueca en gracia de Dios.

—¡Dále con esa mujer!—exclamó María incorporándose con un gesto de rabia. ¿No dicen que se iba con un inglés?

—¿Qué se había de ir a aquellas tierras, donde no se ve el sol sinó por entre cortinas, y dónde se duerme la gente en pie?—dijo el torero.

María se echó a llorar.

—Sí,—dijo Pepe—, suelta el trapo que ese es el *Refugium peccatorum* de las mujeres. Tú te fías del refrán: «mujer, llora y vencerás». No, morena; hay otro que dice: «en cojera de perro y lágrimas de mujer,no hay que creer». Guarda tus lágrimas para el teatro, que aquí no estamos representando comedias.

Cuando salió Pepe Vera de la alcoba de María, esta desgarró las guarniciones bordadas de las sábanas; riñó ásperamente a Marina, lloró, después se vistió, mandó recado a una compañera de teatro, y se fué con ella a los toros.

María, temblando con la calentura y con la agitación, se colocó en el asiento que Pepe Vera le había reservado.

El ruído, el calor y la confusión aumentaron el malestar que sentía María. Sus mejillas, siempre pálidas, estaban encendidas; un ardor febril animaba sus negros ojos.

Pepe Vera la vió. En su rostro se bosquejó una sonrisa, que no hizo en María la menor impresión, resbalando en su aspecto glacial, debajo del cual su orgullo herido juraba venganza.

Ya se había lidiado un toro, y lo había despachado otro primer espada. Había sido *bueno*, pero no tan bravo como habían creído los inteligentes.

Sonó la trompeta; abrió el toril su ancha y sombría boca, y salió un toro negro a la plaza.

—¡Ese es Medianoche!—gritaba el gentío. Medianoche era el toro de la corrida; como si dijéramos el rey de la función.

Medianoche, sin embargo, no salió de carrera, cual salen todos, como sí fuesen a buscar su libertad, sus pastos, sus desiertos. El quería, antes de todo, vengarse, quería acreditar que no sería juguete de enemigos despreciables; quería castigar. Al oir la acostumbrada gritería que le circundaba, se quedó parado.

Los primeros que llamaron la atención del terrible animal, fueron los picadores. Embistió al primero y le tiró al suelo. Hizo lo mismo con el segundo sin dete-

nerse. y sin que la pica bastase a contenerle, ni hiciese más que herirle ligeramente. El tercer picador tuvo la misma suerte que los otros.

Los chulos sacaron a los picadores a la barrera. Uno tenía una pierna rota, y se lo llevaron a la enfermería. Los otros dos fueron en busca de otros caballos. También montó el sobresaliente; y mientras que los chulos llamaban la atención del animal con las capas, los tres picadores ocuparon sus puestos respectivos, con las garrochas en ristre.

Dos minutos después de haberlos divisado el toro, yacían los tres en la arena. El uno tenía la cabeza ensangrentada y había perdido el sentido. El toro se encarnizó en el caballo, cuyo destrozado cuerpo servía de escudo al malogrado ginete.

Entonces hubo un momento de lúgubre terror.

Pepe Vera salió entonces armado a la lucha. Después de haber saludado a la autoridad, se plantó delante de María y la brindó el toro.

El estaba pálido. María encendida, y los ojos saltándosele de las órbitas. Su respiración era ruidosa y agitada como el estertor del que agoniza. Apoyaba su cuerpo en la barandilla y tenía clavadas en ella las uñas; porque María amaba a aquel hombre joven y hermoso, a quien veía tan sereno delante de la muerte. Gozando en un amor que la subyugaba, que la hacía temblar, que le arrancaba lágrimas; porque ese amor brutal y tiránico, era en cambio profundo, apasionado y exclusivo, y era el amor que ella necesitaba.

Pepe Vera escogió el lugar que le convenía, con su calma y desgaire acostumbrados

El toro se encontró frente a frente con el matador.

Esta formidable situación no duró mucho. El toro partió instantáneamente, y con tal rapidez que Pepe Vera no pudo prepararse y solo pudo rehuir la embestitida. Pero aquel animal no seguía, como lo hacen comunmente los de su especie, el empuje que les da su furioso ímpetu. Volvióse de repente, se lanzó sobre el matador como el rayo y lo cogió ensartado en las astas.

Millares de voces humanas lanzaron entonces un grito, como solo hubiera podido concebirlo la imaginación de Dante; ¡un grito hondo, lúgubre, prolongado!

Los chulos, como bandada de pájaros a quien el cazador audaz arrebata su nido, rodearon a la fiera que alzaba sobre sus astas, como un trofeo al desmayado matador.

—¡Las medias lunas! ¡las medias lunas!—gritó la concurrencia entera. El alcalde repitió el grito.

Salieron aquellas armas terribles y el toro quedó en breve desjarretado; dió un rugido de dolor, sacudió su cabeza con rabia, y lanzó a Pepe Vera a distancia, y cayó al golpe del puñal que le clavó en la nuca el innoble cachetero.

Los chulos levantaron a Pepe Vera.

—¡Está muerto!—tal fué el grito que exhaló unánime el brillante grupo que rodeaba al desventurado joven, y que de boca en boca, subió hasta las últimas gradas, cerniéndose sobre la plaza a manera de fúnebre bandera!

.....

Transcurrieron quince días después de aquella funesta corrida.

En una alcoba, en que se veían todavía algunos muebles decentes, aunque habían desaparecido los de lujo; en una cama elegante, pero cuyas guarniciones estaban marchitas y manchadas, yacía una joven pálida, demacrada y abatida. Estaba sola.

Esta mujer pareciò despertar de un largo y profundo sueño. Incorporóse en la cama, recorriendo el cuarto con miradas atónitas. Apoyó su mano en la frente como si quisiese fijar sus ideas, y con voz debil y ronca, dijo: ¡Marina!—. Entró entonces no Marina, sinó otra mujer, trayendo una bebida que había estado preparando.

La enferma la miró.

—¡Yo conozco esta cara!—dijo con sorpresa.

—Puede ser, hermana,—respondió con mucha dulzura la que había entrado. Nosotras vamos a las casas de los pobres como a las de los ricos.

—Pero ¿dónde está Marina? ¿dónde está?—dijo la enferma.

—Se ha huído con el criado, robando cuanto han podido haber a las manos.
—¿Y mi marido?
—Se ha ausentado sin saberse a dónde.
—¿Y el duque?—preguntó después de algunos instantes de silencio.
—Se ha ido a Andalucía con toda su familia.
—¡Con que estoy sola y abandonada!—exclamó entonces la enferma cuyos recuerdos se agolpaban a su memoria, siendo los primeros los más lejanos como suele suceder al volver en sí de un letargo,
—¿Y qué? no soy yo nadie?—dijo la buena hermana de la caridad.
De repente salió un ronco grito del dolorido pecho de la enferma.
—¡Pepe!... ¡el toro!... ¡Pepe!... ¡muerto!... ¡ah!...
Y cayó sin sentido en la almohada.

CAPITULO XI

Seis meses después de los sucesos referidos en el último capítulo, la condesa de Algar estaba un día en su sala, en compañía de su madre. Ocupábase en adornar con cintas y en probar a su hijo un sombrero de paja.
Entró el general Santa María.
—Ved, tío—dijo—, que bien le sienta el sombrero de paja a este ángel de Dios.
—Le estás mimando que es un contento—repuso el general.
—Mamá, dame un bizcocho—dijo con media lengua el niño.
—¿Qué significa eso de tutear a su madre, señor renacuajo?—dijo el general.
El niño se echó a llorar al oir la voz áspera de su tío.
—Es tan chico—observó la marquesa—, que todavía no sabe distinguir entre el *tú* y el *usted*.
—Si no lo sabe—replicó el general—se le enseña.
—Pero tío—dijo la condesa—, yo quiero que mis hijos me tuteen.
—¡Cómo, sobrina!—exclamó el general—. ¿También quieres tú entrar en esa moda que nos ha venido de Francia?
Como todo lo que contribuye a disminuir el respeto, sea lo que fuere. Por esto me gustaba la antigua costumbre de los Grandes de España, que exigían el tratamiento de excelencia a sus hijos.
—El tuteo, que pone en un pie de igualdad, que no debe existir entre padres e hijos, no hay duda que disminuye el respeto—dijo la marquesa—. Dicen que aumenta el cariño; no lo creo. ¿Acaso, hija mía, me habrías amado más si me hubieras tuteado?
—No, madre—dijo la condesa, abrazándola con ternura—; pero tampoco os hubiera respetado menos.
—Siempre has sido tú una hija buena y dócil—dijo el general—, y las excepciones no prueban nada. Traigo a ustedes una noticia, que no podrá menos de serles grata. La hermosa corbeta *Iberia*, procedente de la Habana, acaba de llegar a Cádiz, conque mañana es probable que demos un abrazo a Rafael.
Aún estaban la marquesa y la condesa expresando la alegría que esta noticia les causaba, cuando se abrió la puerta, y Rafael Arias se precipitó en los brazos de sus parientes, estrechándolas repitadas veces entre los suyos.
—¡Cuánto me alegro de verte, mi bueno, mi querido Rafael!—decía la condesa.
—¡Jesús!—añadió la marquesa—; ¡gracias a Nuestra Señora del Carmen que estás de vuelta! Apuesto a que te has mareado.
—Eso es lo de menos, porque es mal pasajero—respondió Rafael—; pero tuve otro mal que empeoraba de día en día, y era el ansia por mi patria y por las personas de mi cariño. No sé si es porque España es una excelente madre, o porque nosotros los españoles somos buenos hijos, lo cierto es que no podemos vivir sino en su seno.
—¡Es la Habana país muy rico, ¿no es verdad, Rafael?—preguntó la condesa.
—Sí, prima—respondió Rafael—, y sabe serlo, como una gran señora que es.

Su riqueza no es como la del que se enriqueció ayer, que a manera de torrentes, corre, se precipita y pasa, haciendo gran estrépito. Allí la opulencia mana blandamente y sin ruido, como un río profundo y copioso, que deriva sus aguas de manantiales permanentes.

—Y las mujeres, ¿te han gustado?—preguntó la condesa.

—Regla general—contestó Rafael—, todas las mujeres me gustan en todas partes. Las jóvenes porque lo son; las viejas porque lo han sido; las niñas porque lo serán.

—¿Sabes—dijo la condesa—que la voz pública anunció que te ibas a casar?

—Esa señora doña *Voz pública* ha mentido, prima.

—Pues decía más—añadió la condesa riéndose—. Le daba a tu futura dos millones de duros de dote.

—Ya caigo en la cuenta; en efecto, el capitán general tuvo la idea de endosarme esa letra de cambio.

—¿Y qué tal era mi presunta prima?

—Fea como el pecado mortal. Su espaldilla izquierda se inclinaba decididamente hacia la oreja del mismo lado, y la derecha, por el contrario, demostraba el mayor alejamiento por la oreja su vecina.

—¿Y qué respondiste?

—Que no me gustaban las píldoras, ni aun doradas.

—Mal hecho—dijo el general.

—Mal hecho era su torso, señor—repuso Rafael.

—Y al duque, ¿le encontraré en Madrid?

—No, pero podrás verle al pasar por Córdoba, donde se halla con toda su familia.

—Dicen que se ha dedicado enteramente a la literatura. Está componiendo algo para el teatro.

—Apuesto a que el título de la primera será *La cabra que tira al monte*—dijo Rafael en voz baja a la condesa—. Aludia esto a los amores de María con Pepe Vera.

—Calla, Rafael—repuso su prima—. Debemos hacer con nuestros amigos lo que hicieron los buenos hijos de Noé con su padre.

—¿Y Marisalada?—preguntó Rafael—; ¿ha subido al Capitolio en un carro de oro puro tirado por aficionados?

—Ha perdido la voz—respondió la condesa—de resultas de una pulmonía. ¿Lo ignorabas?

—Tan ageno estaba de ello—respodió Rafael—que le traigo magníficas proposiciones de ajuste para el teatro de la Habana. Pero ¿en qué ha venido a parar?

—Ya que no puede cantar—dijo el general—seguirá probablemente el consejo que le dió la hormiga a la chicharra en la fábula, aprenderá a bailar.

—O lo que es más probable—dijo la condesa—, estará llorando sus faltas y la pérdida de su voz.

—Pero, ¿dónde está?—repitió con insistencia Rafael.

—No lo sé—respondió la condesa—y lo siento, porque quisiera ofrecerle consuelos y socorros si los necesita.

—Insisto en preguntar dónde se halla;—continuó Rafael—porque le traigo una carta.

—¿Una carta? ¿y de quién?

—De su marido.

—¿Le has visto?—preguntó con interés la condesa—. ¿Pues no decían que estaba en Alemania?

—No es cierto. Se embarcó en el mismo buque que nosotros para la Habana. ¡Qué mudado estaba y cuán desgraciado era! Poco tiempo después de nuestra llegada, murió de la fiebre amarilla.

—¿Murió?—exclamaron a un tiempo la marquesa y su hija.

—¡Pobre, pobre Stein!—dijo la condesa.

—La enfermedad fué tan violenta, que le encontré casi en las últimas, pero le hallé tan tranquilo y tan benévolo como siempre. Me pidió pluma y papel, escribió casi moribundo algunos renglones, y me pidió que pusiese el sobrescrito a su mujer y que se los enviase juntamente con su fe de muerte. Yo te entregaré este

depósito, prima, para que lo envíes con un hombre de confianza a Villamar, donde probablemente se habrá retirado ella al lado de su padre. He aquí la carta—dijo Rafael—. Yo la leo algunas veces como se lee un trozo de lectura piadosa.

«María: tú a quien tanto he amado y amo aun, si mi perdón puede ahorrarte algunos remordimientos, si mi bendición puede contribuir a tu felicidad, recibe ambos desde mi lecho de muerte.

Fritz Stein.»

CAPITULO XII

Si el lector quiere antes de que nos separemos para siempre echar otra ojeada sobre aquel rinconcillo de la tierra llamado Villamar, bien ageno sin duda del distinguido huésped que va a recibir en su seno, le conduciremos allí.

Después de cuatro años, es decir, un día de verano de 1848, encontrarías al dicho pueblo tan tranquilamente sentado al borde del mar, como si fuera un pescador de caña. Vamos a dar cuenta de algunos graves sucesos públicos y privados, que habían ocurrido allí durante aquél intérvalo.

La torre del fuerte de San Cristobal se había derrumbado, y con ella las últimas esperanzas que abrigaba don Modesto de ver figurar su fuerte en la misma línea que Gibraltar, Brest, Cádiz, Dunquerque, Malta y Sebastopol.

Pero nada había causado tanta admiración en nuestros amigos, los habitantes de Villamar, como la mudanza que se observaba en la tienda del barbero Ramón Pérez.

Ramón Pérez, después de la muerte de su padre emprendió, pues, su marcha y volvió al cabo de quince días, trayendo consigo.

Primero: Un caudal inagotable de mentiras y fanfarronadas.

Segundo: una infinidad de canciones a la italiana, a cual más detestables.

—Tercero: Un aire de taco, un gesto de *¿qué se me da a mí?* una desenvoltura, un *sans façon*, capaz de rallar las tripas a todos los habitantes de Villamar.

Por una circunstancia que se aclarará más adelante, el barbero había conseguido reunir una buena suma de dinero. Entonces los recuerdos de Sevilla y de Fígaro, se habían despertado con nuevo ardor en su mente. Había hermoseado su tienda con lujo asiático.

Pero lo que pasmó de admiración a los villamarinos, fué una formidable muestra que cubría gran parte de la fachada de la casa barbería.

Era tan profundo el silencio en aquel rincón del mundo, que se oía desde lejos la voz de un hombre que se acompañaba con la guitarra, no las rondeñas, ni las mollares, ni el contrabandista, ni la caña, ¡ah!, no; sino una canción llorona: ¡la Atala! Y lo peor era que la adornaba con tales gorgoritos, con tan descabelladas *floriturás*, con cadencias tan detestables, y que los versos eran tan malos, que Chateaubriand hubiera podido citar con harto derecho a juicio de conciliación, al poeta, al compositor y al cantor, como reos de un abuso de popularidad.

De repente, se abrió de par en par la puerta que estaba en el fondo de la tienda, y se vió salir por ella a una mujer con un niño en los brazos, y otro que la seguía llorando agarrándose a sus enaguas. Esta mujer pálida, delgada, de gesto altanero e indigesto, estaba cubierta con un pañolón de espumilla desteñido y viejo. Sus largos cabellos mal trenzados, desaliñados y sin peineta, colgaban hasta el suelo. Calzaba zapatos de seda en chancletas, y llevaba largos pendientes de oro.

—¡Cállate, cállate, Ramón—dijo con voz ronca al entrar en la tienda—. No me desuelles los oídos. Más quisiera oir los graznidos de todos los cuervos del coto, y los maullidos de todos los gatos del pueblo, que tu modo de destrozar la música seria. Te he dicho mil veces que cantes los cantos de la tierra. Eso, tal cual; se puede tolerar. Tus disparatados floreos me afectan de tal modo los nervios, que si persistes en imponerme este tormento, me marcho para siempre de esta casa. Calla—añadió dando un golpe en la cabeza al niño que lloraba—, calla, que berreas lo mismo que tu padre.

—Vete con mil santos; y désde ahora—respondió el barbero picado en lo más vivo de su amor propio—. Vete, echa a correr, y no vuelvas hasta que yo te llame.

—¿Que no me llamarás dices?—replicó la mujer—, sería quizá demasiado favor, que harías a la que tantas veces ha sido llamada por los grandes, por los embajadores, por la corte entera. ¿Sabes tú, rústico, ganso, zopenco, el dineral que se daba sólo por oirme?

—Si esos mismos—dijo el barbero—te vieran ahora con esa cara de vinagre, y te oyeran esa voz de pollo ronco, estoy para mí que pagarían doble por no verte ni oirte.

—¿Quién me ha metido a mí en este villorrio, entre este hato de villanos?—exclamó la mujer furiosa—. ¿Quién me ha casado con este rapabarbas, con este mostrenco, que después de haberse comido la dote que me envió el duque, se atreve a insultarme? ¡A mí, la célebre María Santaló, que ha hecho tanto ruido en el mundo!

—Más te hubiera valido no haber hecho tanto—dijo Ramón, y que daba un valor inaudito el entusiasmo que le inspiraba la canción de Atala, y su indignación al verla menospreciada.

Al oir estas palabras, la mujer se abalanzó a su diminuto marido, el cual, lleno de espanto, sólo tuvo tiempo de poner la guitarra sobre una silla, y echarse a correr.

A la puerta tropezó con un personaje a quien por poco derriba en tierra, el cual se paró en el umbral.

Apenas lo percibió María, su cólera cedió a un impulso de risa, no menos violento.

El personaje que lo ocasionaba, era Momo, uno de cuyos carrillos estaba horrorosamente hinchado. Traía un pañuelo atado alrededor de su deforme rostro, y venía a que el barbero le sacase una muela.

—¡Qué horrenda visión!—exclamó María, entre sus carcajadas—. Dicen que el sargento de Utrera reventó de feo. ¿Cómo es que no te sucede a tí otro tanto? Capaz eres de pegar un susto al miedo.

—Vengo—dijo Momo—a que tu Ratón Pérez me saque una muela dañada, y no a que me hartes de desvergüenzas; pero Gaviota fuiste, Gaviota eres y Gaviota serás.

—Si vienes a que te saquen lo que tienes dañado—repuso María—bien puedes empezar por el corazón y las entrañas.

—¡Por vía de los gatos!, ¡miren quién habla de corazón y de entrañas!—replicó Momo—; la que dejó morir a su padre en manos extrañas, sin acordarse del santo de su nombre ni de enviarle siquiera un mal socorro.

—¿Y quién tuvo la culpa, malvado?—respondió María—. Nada de eso habría sucedido si no hubieras sido tú un salvaje, que te volviste de Madrid sin haber desempeñado tu encargo, y esparciendo la nueva de mi muerte; de modo que cuando volví al lugar creyendo que mi padre vivía, todos me tomaron por ánima del otro mundo. Solamente en tus entendederas, que son tan romas como tus narices, cabe el haber creído que una representación era una realidad.

—¡Representación!—repuso Momo—; siempre dices que aquello era fingido. Lo cierto es que si aquel *Telo* hubiera sabido darte la puñalada en regla, y si no te hubiera curado tu marido, a quien todo el mundo llora, menos tú, estarías ahora roída de gusanos, para descanso de cuantos te conocen.

—¡Gaviota fuiste, Gaviota eres, Gaviota serás!

Y le volvió arrogantemente la espalda.

Cuando don Modesto, aturdido por los gritos de la disputa que hemos referido, vió que las carcajadas sucedían a la explosión de cólera, aprovechó la ocasión para escurrirse, sin ser sentido, de aquel campo de batalla. Pero apenas hubo entrado en su casa, muy satisfecho del éxito de su oportuna retirada, nuevos terrores vinieron a asaltarle, al ver el ojo válido de Rosita, severo, iracundo, amenazador.

Antes de todo es de saber que las buenas cualidades y los defectos de Rosita habían ido en aumento con los años. Su aseo había llegado a convertirse en angustiosa pulcritud. Don Modesto tenía que mudarse de zapatos cada vez que iba a verla. Si don Modesto dejaba caer una aceituna en el mantel, Rosita se estremecía; si una gota de vino tinto, lloraba.

—Rosita—le decía don Modesto—; antes comía usted lo que un pájaro puede

llevar en el pico; pero ahora está usted acreditando que lo que se cuenta del camaleón no es fábula.

—Ya ve usted—respondía Rosita—que gozo de perfecta salud; lo cual prueba que necesitamos muy poco para vivir, y que todo lo demás es pura gula.

—¡Bien le siento a usted—dijo a don Modesto—ir a casa de esas gentes, de esos casquivanos (por no decir otra cosa) y entrometerse en esa San Francia de matrimonio que ha sido el escándalo de la vecindad.

—Pero Rosita, usted no reflexiona que es preciso afeitarme de cuando en cuando, so pena de parecer zapador de un regimiento; que ese buen Ramón Pérez me afeita de balde, como lo hacía su padre.

—¿Qué pamplinas va usted a contarme, don Modesto?—dijo Rosita indignada—. Usted se derrite al oir las canciones de esa gente.

—¡Yo!, Rosita. ¡Jesús! Mire usted que se ha equivocado de medio a medio.

—No disputemos, don Modesto, porque capaz sería usted de pecar con descaro contra el octavo mandamiento. Pero, volviendo a lo que decíamos, digo a usted que es una vergüenza que esté usted uña y carne con esas gentes.

—¡Ah, Rosita!, ¿cómo puede usted hablar en esos términos del buen Ramón que me afeita de balde, y de esa ilustre Marisalada que ha sido aplaudida por generales y por ministros?

—Nada de eso impide—replicó Rosa Mística—que haya sido cómica, de las que antes estaban excomulgadas y que deberían estarlo todavía.

—No sea usted tan justiciera, Rosita.—En el fondo no es mala, me ha hecho una cucarda para el sombrero.

—Lo que ha hecho ha sido burlarse de usted dándole en lugar de una cucarda una escarola tamaña como un plato. ¿Con que no es mala en el fondo, dice usted, la que dejó morir a su padre, que tanto la quería, solo, pobre, olvidado, mientras que ella se estaba haciendo gorgoritos en las tablas?

—Pero, Rosita, si no sabía la gravedad...

—Sabía que estaba malo, y basta. Cuando un padre padece, la hija no debe cantar. Una mujer cuya conducta obligó al pobre de su marido a huir e irse a morir de vergüenza allá en las Indias!...

—Murió de la epidemia—observó el veterano.

—¡Buena será ella—continuó la severa maestra de Amiga, enardeciéndose cada vez más—, cuando fué la única en el pueblo que no veló en su última enfermedad a la tía María, que tanto la había querido y tanto había hecho por ella; la única que faltó a su entierro.

—Estaba de sobreparto, y no habría sido prudente antes de la cuarentena.

—¿Qué entiende usted de sobreparto ni de cuarentenas?—exclamó Rosa Mística, exasperada—. ¿Ha parido usted alguna vez, para entender de esas cosas? ¿Con que tiene buen fondo la que cuando poco después de la muerte de su bienhechora, fray Gabriel la siguió al sepulcro, se echó a reir diciendo que había creído que sólo en el teatro se moría la gente de amor y de pena?

—¡Pobre fray Gabriel!—dijo don Modesto conmovido por los recuerdos que acababa de despertar su patrona—. Todos los viernes de su vida vino al Cristo del Socorro para pedirle una buena muerte. Después de la de su bienhechora venía todos los días, porque ya no le quedaba más que aquel buen Señor que le comprendiese y le consolase. Yo fuí quien le encontré un viernes por la mañana, de rodillas, delante de la reja de la capilla del Cristo, inclinada la cabeza sobre las barras. Le llamé y no respondió. Me acerqué... ¡estaba muerto!, muerto como había vivido; en silencio y solo. ¡Pobre fray Gabriel! Te moriste sin haber visto rehabilitado tu Convento. ¡Yo también moriré sin ver reedificado mi Fuerte!

FIN DE LA GAVIOTA

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID

SEÑORAS Con el uso del agua **La Flor de Oro**, se tiene siempre la cabeza sana y el cabello hermoso, abundante y negro. Se vende en las perfumerías y droguerías.

La Novela TEATRAL

publicará mañana domingo, el sainete en un acto y tres cuadros

EL CHICO DEL CAFETÍN

original de

TORRES DEL ALAMO Y ASENJO

Caricatura de MESEJO
por M. TOVAR

DIEZ céntimos

Concesionario: LEÓN ORNSTEIN - Mad...

Imprenta y Talleres de LA NOVELA CORTA, Antonio Palomino, 1.—Madrid